

El humorismo y la burla

en *Don Quijote de la Mancha*

Por
Gustavo
Adolfo Wyld

«...porque los sucesos de don Quijote se han de celebrar con admiración o con risa.» (Cervantes, 2004:879)

«Es una maravillosa experiencia leerlo hoy cuando el acto de la lectura ha sido condenado al basurero de la historia por los melancólicos profetas del milenio electrónico...» (Carlos Fuentes, 1983:33)

Este año se conmemora el cuarto centenario de la edición de la primera parte de *Don Quijote de la Mancha*. La segunda parte apareció 10 años después, en 1615. Francisco Rico, diligente cervantista que escribió la «Nota al texto» de la *Edición del IV Centenario de la Real Academia Española*, en entrevista publicada por la *Revista Excelente* (2004:8-10), dijo que el libro de Cervantes era «el más universal de las letras españolas», pero hizo notar que, en su época, el autor era considerado inactual, tanto, que nadie le quiso prologar su *Quijote*. Y agregó: «Hoy no hubiera sido el favorito para el Premio Cervantes ni hubiera tenido los honores oficiales de la entrada en la Academia».

Sé que nada nuevo habré de decir de un libro tan reconocido y examinado; aun así, deseo referirme al primer epígrafe que encabeza mis apuntes y manifestar que no dudo de la certeza de la afirmación de Cervantes sobre la *admiración* ante los sucesos, pero no me persuade lo de celebrar todos ellos con *risa*. Claro que hay buen humor en *Don Quijote*, elementos cómicos que hacen reír, incluso con esa risa de «jimias» (simias) que, según dice el autor, se desplegaría en los labios del lector.

Explico: el humorismo, a mi juicio, es la facultad que tiene cada quien de descubrir en la vida y, en el caso del *Quijote*, en la lectura, situaciones, ideas, sucesos y acciones que, hasta cierto punto, resultan cómicos por contrastantes, incongruentes o absurdos. En la novela de Cervantes hay acontecimientos próximos al humorismo pero que, bien vistos, nacen del escarnio que algunos personajes hacen de la pareja protagonista. No es risa de mona la que se dibuja en la faz del lector, sino más bien una mueca atribulada, un visaje de indignación o conmiseración ante la befa de que son objeto el caballero que profesa una rezagada Caballería y su leal escudero. Y viene como anillo al dedo recordar que Dostoyevsky llamó a la novela de Cervantes: «el libro más triste de todos».

Existe en el libro una comicidad tonificante, vital, que surge de las conversaciones entre Sancho y don Quijote, o bien de algunas de sus aventuras; pero hay otra que, más que humorismo, es mengua, adherencia, apéndice nacido de una enfermiza necesidad de divertirse a costa del apego que profesa don Quijote a las normas de la Caballería. Se trata de un pitorreo extremadamente cruel, de un montaje artificial, más que teatral, que proviene de engaños tramados y efectuados por personajes que aparecen actuando en la segunda parte del *Quijote* y han leído la primera parte (precisamente la de 1605, y sin percatarse de que a su vez ellos están siendo leídos por otros lectores). Es el caso del bachiller Sansón Carrasco —quien al menos logra convencer a don Quijote de retornar a la Mancha— y, en especial, de los duques y su comparsa, que saben cómo manipular, enraizados en las normas de los Libros de Caballería, no sólo a don Quijote sino también a Sancho, quien de algún modo se encuentra "quijotizado", es decir, un tanto enterado del código de Caballería, gracias a la convivencia y plática que guarda con su señor.

Lo expuesto responde a la ineludible pregunta de por qué don Quijote (y aun Sancho, quien piensa en términos de sentido común) cae atrapado en el anzuelo de esa acerba bufonada. La explicación es que don Quijote no ve la realidad de una forma distinta a como la observan los demás; lo que ocurre es que él la *va leyendo* desde los Libros de Caballería, y por

eso es capaz de llamar por su nombre a los caballeros que integran un "ejército" y precisar sus corceles, armas y vestiduras, aunque para los demás personajes, incluido el narrador, dicho ejército sea sólo una manada de carneros. Si don Quijote es un hombre *nacido de la lectura* de Libros de Caballería y, por encima de todo, *fiel* a su registro y normas, es fácil para Carrasco, los duques y algunas de sus malhadadas dueñas (la Dolorida o condesa Trifaldi, por ejemplo) embaucar a don Quijote. Carrasco y los duques han leído ya la primera parte de sus aventuras (la que conmemoramos hoy, en 2005, y que corresponde a sus dos primeras salidas) y saben de la lealtad de don Quijote a las reglas de la Caballería Andante y la de Sancho a su señor; conocen la rectitud de aquél y la sencillez y afabilidad de éste. No obstante, hacen caso omiso de estas cualidades, y sólo por la mezquina satisfacción de reír a costa de la excepcional pareja, echan mano de los estatutos caballerescos por los cuales se rige don Quijote. Al menos al bachiller Carrasco, pese a su socarronería, lo disculpa y enaltece la finalidad que lo anima: lograr el retorno de don Quijote a la Mancha.

Transcribamos uno que otro fragmento en que aparecen esas encarnizadas burlas, que suelen indignar o provocar la compasión de algunos lectores perspicaces. Sin embargo, es oportuno decir que estas chanzas, aunque oprobiosas, no dejan de parecer ocurrentes e ingeniosas. Después nos ocuparemos de ese otro humorismo lozano y natural que aflora en las conversaciones de la pareja protagonista.

Quizá entre las burlas más truculentas están los tres mil trescientos azotes que debe darse Sancho en las posaderas, para que Dulcinea se "desencante"; la farsa del Clavileño, caballo de madera sobre el cual don Quijote y Sancho viajarán en busca del gigante Malambruno, para desencantar a la condesa Trifaldi y todas las dueñas del palacio; y la fingida batalla por la que Sancho decide dejar de ser gobernador de Barataria¹.

Veamos la condición que impone el mago Merlín para deshacer el primer encantamiento, el de la señora Dulcinea trastocada en una rústica labradora (en realidad, eso era):

¹En la pág. 821 de la edición del *Quijote* citada en la bibliografía, en nota al calce No. 44, se lee que estas burlas constituyen «impresionantes espectáculos teatrales que imitan muy de cerca las fiestas palaciegas y públicas [...] comunes a la sociedad europea del Renacimiento y del Barroco, frecuentísimas en la España de la época».

«A ti digo [...] discreto don Quijote, /de la Mancha esplendor, de España estrella,/ que para recobrar su estado primo/ la sin par Dulcinea del Toboso/ es menester que Sancho tu escudero/ se dé tres mil azotes y trescientos/ en ambas sus valientes posaderas,/ al aire descubiertas, y de modo,/ que le escuezan, le amarguen y le enfaden.» (2004:823)²

Es fácil deducir, por el cierre de la sentencia, la intención de mortificar. Por supuesto que Sancho, hombre inclinado a los refranes y dotado de un agudo poder de observación, protesta el fallo:

«—¡Voto a tal! —dijo a esta sazón Sancho—. [...] ¡Válate el diablo por modo de desencantar! ¡Yo no sé qué tienen que ver mis posas³ con los encantos! ¡Por Dios que si el señor Merlín no ha hallado otra manera como desencantar a la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir a la sepultura.» (2004:824)

La reacción de don Quijote (2004:824), al escuchar las palabras de Sancho contra el desencantamiento de su amada, no se hace esperar:

«—Tomaros he yo —dijo don Quijote—, don villano, harto de ajos, y amarraros he a un árbol desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré tan bien pegados [...] Y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma.»

Don Quijote amonesta con acrimonia a su buen escudero porque está en juego la transformación de su amada Dulcinea (de fea labradora a hermosa princesa) y en cumplimiento a lo que aconseja al respecto la Orden de la Caballería Andante, que es la base en que se apoyan los duques y su gente para engañar a la pareja protagónica.

Es verdad que la situación, por absurda y difícil de creer, lleve a algún desenfadado lector a desplegar la risa de cuadrúmano que decía Cervantes; pero la circunstancia no diluye, ni mucho menos difumina, la crueldad de la situación provocada por ese acerbo montaje teatral.

² Recordemos que este tipo de castigo impuesto a Sancho para "desencantar" se redobla casi al final de la novela, cuando le toca recibir, de manos de las dueñas, para "que Altisidora "resucite", 24 cachetadas, 12 pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomos.

³ 'mis posaderas'

Pasemos ahora al pasaje del Clavileño, rocín de palo. ¿Cuál es la base del engaño? Pues un personaje de las canciones de gesta francesas y del romancero español: el gigante Malambruno, de quien se dice que, en venganza de la muerte de su hermana, ha poblado de barbas la cara de la condesa Trifaldi, por otro nombre la Dolorida, y las de sus dueñas de palacio. Cuando Sancho Panza ve los rostros de las mujeres, exclama (2004:849):

«Válgate mil satanases, [...] Malambruno, ¿y no hallaste otro género de castigo que dar a estas pecadoras sino el de barbarlas? ¿Cómo y no fuera mejor y a ellas les estuviera más a cuento quitarles la mitad de las narices, de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas?»

Para desencantarlas, según las leyes de la Caballería, Don Quijote y Sancho deben viajar por los aires en Clavileño el Alígero, un caballo de madera que, según la barbada condesa (2004:851), su nombre «conviene con el ser de leño y con la clavija que trae en la frente y con la ligereza con que camina». Movidado por los ruegos de las barbudas, y a pesar de las protestas de Sancho de viajar en ancas de Clavileño y su sugerencia a las damas de buscar «otro modo de alisarse los rostros», don Quijote decide montar el alado corcel para ir a vencer a Malambruno. Es así como, vendados los ojos y sin moverse un punto del jardín donde platican y ríen los bromistas y su gavilla, caballero y escudero "viajan" por los aires" obteniendo, gracias a su fértil imaginación, las sensaciones que puedan derivarse de tal forma de transitar. El engaño finaliza así (2004:861):

«...y queriendo dar remate a la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido y dio con don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados.»

Juzgue ahora el "prudente" o "desocupado" lector, como llama Cervantes al suyo, si en este ardid, aparte de su ingeniosidad, existe o no un alto grado de crueldad infligida a dos seres delicados, más merecedores de admiración que de escarnio. Yo, al menos, no puedo reír con esa risa que Cervantes veía desplegarse en la cara de los lectores de su novela.

Pero hay un género de donosura en la novela, humorismo auténtico, penetrante, agudo, conmovedor, que surge principalmente de los diálogos

entre Sancho y don Quijote, o bien aflora en los sucesos que les van saliendo al paso y en los que participan personajes que nada saben de la Orden de la Caballería. Estas personas, aunque den de palos a don Quijote o manteen a Sancho, proceden sin premeditación y sus actos derivan de la situación misma.

Un ejemplo del donaire que sazona las charlas entre don Quijote y Sancho se da cuando aquél aconseja a éste cómo debe comportarse como gobernador de la Ínsula de Barataria:

«...Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que, puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.» (2004:872)

Sancho responde a los avisos de su señor con una retahíla de refranes cuyo significado no viene al caso:

«...yo tendré en cuenta de aquí adelante de decir los que convengan a la gravedad de mi cargo, que en casa llena, presto se guisa la cena, y quien destaja, no baraja, y a buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester.» (2004:873)

Y de la siguiente reconvención de don Quijote se desprende ese fragante humorismo, tan distinto de aquel artificioso que emerge de la chanza truculenta:

« —¡Eso sí, Sancho! —dijo don Quijote—. ¡Encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va a la mano! ⁴ ¡Castígame mi madre, y yo trómpogelas! ⁵ Estoyte diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía de ellos...» (2004:873)

La jocosidad reside en que el mismo don Quijote encaja un refrán en su admonición ⁶, contagiado por la locuacidad de Sancho.

⁴que nadie te aventaja'.

⁵ '¡Me riñe mi madre, y yo me burlo!'

⁶ Y no es la única vez que don Quijote engarza refranes en sus conversaciones con Sancho, contagiado, sin duda por éste.

Observemos la agudeza que emana de otro diálogo (2004:632):

«—Cada día, Sancho —dijo don Quijote—, te vas haciendo menos simple y más discreto.

»Sí, que algo se me ha de pegar de la discreción de vuestra merced —respondió Sancho—, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos. Quiero decir que la conversación de vuestra merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído...»

La analogía aplicada por Sancho a la plática de don Quijote no necesita comentario.

Con frecuencia, don Quijote corrige el uso anómalo que hace Sancho Panza de algunos vocablos; pero a veces éste suma tantos errores, que don Quijote desiste y lo deja en ellos. Así acontece cuando navegan en una pequeña embarcación: a don Quijote se le ha metido entre ceja y ceja que la barca lo llevará tan lejos, que pronto pasarán la «línea equinoccial» (2004:774), la que separa los polos en igual distancia. Cuando Sancho oye esta expresión, le dice (2004:774) a su amo ⁷:

«—Y cuando lleguemos a esa *leña* que vuestra merced dice —preguntó Sancho—, ¿cuánto habremos caminado?

»—Mucho —replicó don Quijote—, porque de trescientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, según el *cómputo* de *Ptolomeo*, que fue el mayor *cosmógrafo* que se sabe, la mitad habremos caminado llegando a la línea que he dicho.

»_Por Dios _dijo Sancho_, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice a una gentil persona, *puto* y *gafo* ⁸, Sancho entiende mal los términos subrayados. , con la añadidura de *meón*, o *meo*, o no sé cómo.»

Don Quijote se ríe de la simpleza de Sancho y esta vez la plana queda sin corrección. Continúa contándole cómo los españoles que han viajado a

⁷ Los subrayados que aparecen en estas citas son míos.

⁸ 'homosexual y contrahecho'.

África y Asia saben que han pasado la línea equinoccial cuando a todos los que van en la nave se les mueren los piojos. Pero como Sancho no está convencido de que se estén moviendo un punto de donde se embarcaron, porque ve a Rocinante y su rucio en el mismo lugar donde los habían dejado, don Quijote le propone que haga la prueba de los piojos (2004:775):

«Y tórnote a decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco.

»Tentose Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hacia la corva⁹ izquierda, alzó la cabeza y miró a su amo, y dijo:

»—O la experiencia es falsa o no hemos llegado a donde vuesa merced dice, ni con muchas leguas.

»Pues ¿qué —preguntó don Quijote—, has topado algo?

»—¡Y aun *algos* —respondió Sancho.

»Y, sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el río.»

Por más simple que nos parezca la respuesta de Sancho, con ese "algos" ha demostrado su destreza para retorcer los vocablos.

Otras veces la agudeza y gracia naturales provienen de alguna aventura en la que no participan personajes entendidos en asuntos de caballería andante. Por ejemplo, en cierta ocasión Sancho, en apoyo a su señor, trata de evitar que dos pueblos batallen por demostrar en cuál de ellos su alcalde rebuznó mejor, según imaginó don Quijote al ver a una muchedumbre que llevaba consigo una insignia con un asno pintado, en la que se leía (2004:762): «No rebuznaron en balde/ el uno y el otro alcalde». Sancho se dirige a la multitud en estos términos:

«...es necedad correrse por sólo oír un rebuzno, que yo me acuerdo, cuando muchacho, que rebuznaba cada y cuando se me antojaba,

⁹ Parte interior de la rodilla.

sin que nadie me fuese a la mano ¹⁰, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo rebuznaban todos los asnos del pueblo, y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres que eran honradísimos [...] Y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida, nunca se olvida.

»Y, luego, puesta la mano en las narices, comenzó a rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron.» (2004:765)

Otro ejemplo lo hallamos en el episodio de los feroces leones, donde don Quijote se acreditará otro apelativo: Caballero de los Leones.

Don Quijote se topa con un carro en el que van dos bravos leones, hembra y macho, enviados como obsequio al rey, y pregunta al leonero conductor del carro si son grandes los leones; éste le dice que no han pasado mayores de África a España, y que además no han comido y van hambrientos. Don Quijote, después de oír la referencia, esbozando una sonrisa, exclama (2004:671) «¿Leoncitos a mí?». Luego le pide al leonero que se apeee del carro, que abra las jaulas y eche las bestias fuera, pues él les dará a entender quién es, «a despecho y pesar de los encantadores» que se los han enviado. No valen ruegos ni lágrimas de los allí presentes, que se alejan para ver sin riesgo la acción temeraria de don Quijote (Sancho, en medio de sus ruegos, no deja de aporrear a su asno, para tomar la distancia que la prudencia le aconseja). El leonero, temiendo despertar la ira de don Quijote, cuando lo ve frente a la primera jaula, y en guardia, la abre de par en par; allí está el león, que, según el narrador (2004:675) era «de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura». Y continúa diciendo:

«Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura. Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, [...] volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes a don Quijote, y con gran flema y remanso, se volvió a echar en la jaula.»

¹⁰ 'sin que nadie pudiese igualarme'

Ante tamaña falta de respeto a su persona y a su calidad de caballero andante, don Quijote ordena al leonero que dé de palos al león para echarle fuera de la jaula. El leonero le responde que no lo hará porque, si instiga a la fiera, a quien primero despedazará será a él. Luego, con gran tiento, convence a don Quijote con estas palabras (2004:675):

«Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna. El león tiene abierta la puerta: en su mano está salir o no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día. La grandeza de corazón de vuesa merced ya está bien declarada; ningún bravo peleante, según a mí se me alcanza, está obligado a más que a desafiar a su enemigo y esperar en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia y el esperante gana la corona del vencimiento.»

Numerosos son, en la novela de Cervantes, los sucesos en que se observa este género de sabiduría que posee la gente que obra con llaneza; hechos, digo, que transcurren tocados por una gracia y agudeza nada artificiales, y hacen reír quizá porque esa clase de pericia es hija de la experiencia; se trata de una habilidad espontánea, natural, que no guarda parentesco alguno con el estudio ni la ciencia y que, sobre todo, contrasta con la noción y el manejo de un código rezagado y, para esas personas sencillas, desconocido: el de la Caballería.

Y numerosas son también las burlas encarnizadas. Sin embargo, ese tipo de locura que profesa don Quijote corresponde a aquella que decía Erasmo en *El Elogio de la locura*: la «deseable por encima de todo».

Para terminar, traigo a colación estas preguntas que se hace Carlos Fuentes en su libro *Cervantes o la crítica de la lectura*, y una que otra conclusión (1983:78):

«¿Logran burlarse de don Quijote, Dorotea cuando se disfraza de Princesa Micomicona, Sansón Carrasco cuando le desafía disfrazado de Caballero de los Espejos, los duques cuando escenifican las farsas del Clavileño, la Dama Adolorida con sus doce dueñas barbudas y el gobierno de Sancho en la ínsula Barataria? ¿O es don Quijote quien se ha burlado de todos ellos, obligándoles a entrar, disfrazados de sí mismos, al universo de la lectura del *Quijote*? Discutible materia de psicoanálisis. Lo indiscutible es

que don Quijote, el hechizado, termina por hechizar al mundo. Mientras leyó, imitó al héroe épico. Al ser leído, el mundo le imita a él.»

Y en abono a esta propuesta de Fuentes, escuchemos lo que le dice el mayordomo de Barataria a Sancho Panza, su gobernador (2004:919):

«...estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que a lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y avisos, tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron [los duques] y los que aquí venimos. Cada día se ven cosas nuevas en el mundo: las burlas se vuelven en veras y los burladores se hallan burlados.»

Cierro mis apuntes diciendo que ningún donaire ni provechosa enseñanza germinarían sin esa especie de locura atribuida a los seres de este mundo (como don Quijote) que, contra viento y marea, y oponiendo resistencia a las normas no equitativas de su época, luchan a favor de un género de justicia, de fidelidad amorosa y de lealtad sin límites ni condiciones, que habita latente en sus más íntimos registros éticos, códigos seguramente desactualizados, pero muy graves y nobles.



Lic. Gustavo Wyld Ferraté
gawylid@ufm.edu.gt
Colaborador

Bibliografía

- Cervantes, Miguel de. 2004. *Don Quijote de la Mancha*. Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española. Edición del IV Centenario. México. 1253 págs.
- Fuentes, Carlos. 1983. *Cervantes o la crítica de la lectura*. 1a. reimp. de la 1a. ed. México, Joaquín Mortiz, Grupo Editorial Planeta. 115 págs.
- Rico, Francisco. 2004. «Francisco Rico y Don Quijote de la Mancha». *Revista Excelente editada por Iberia, Líneas Aéreas de España, S.A.* 182 (5): 8-16.